



# Sylvia Plath

# ARIEL

Ilustraciones de  
Sara Morante

Traducción de  
Jordi Doce

Nórdicalibros

# Sylvia Plath

## Ariel

Ilustraciones de Sara Morante

Traducción de Jordi Doce

Edición bilingüe



*Para  
Frieda y Nicholas*









## ALBADA

El amor te dio cuerda como a un reloj de oro macizo.  
La matrona te dio palmadas en los pies, y tu grito pelado  
se incorporó a los elementos.

Nuestras voces resuenan, amplificando tu llegada. Nueva  
estatua.

En un museo destemplado, tu desnudez  
ensombrece nuestra seguridad. Te rodeamos expectantes  
como paredes.

Si soy tu madre,  
lo soy como la nube que condensa un espejo y allí proyecta  
el instante mismo en que el viento la borra lentamente.

Toda la noche la polilla de tu aliento  
titila entre las rosas anodinas. Me despierto a escuchar:  
en mi oído se mueve un mar lejano.

Un grito, y salgo de mi cama a trompicones, vacuna y  
floreada  
con mi camisón victoriano.

Tu boca se abre, y es limpia como la de un gato. El marco

de la ventana

palidece y engulle sus estrellas sin brillo. Y ahora ensayas  
tu puñado de notas;  
las nítidas vocales se elevan como globos.

*19 de febrero de 1961*



## LOS MENSAJEROS

¿La palabra de un caracol en el plato de una hoja?  
No es mía. No la aceptes.

¿Ácido acético en lata?  
No lo aceptes. No es auténtico.

¿Un anillo de oro con el sol dentro?  
Mentiras. Mentiras y una pena.

Escarcha en una hoja, el caldero  
inmaculado, que habla y crepita  
para sí en las cumbres respectivas  
de nueve Alpes negros.

Una perturbación en los espejos,  
el mar haciendo añicos el suyo gris...

Amor, amor, mi estación.

*4 de noviembre de 1962*

## OVEJAS EN LA NIEBLA

Las colinas se adentran en la blancura.  
Personas o astros  
me miran con tristeza, los defraudo.

El tren deja una estela de aliento.  
Oh lento  
caballo del color del óxido,

cascos, campanas dolientes...

La mañana  
se pasó la mañana ennegreciéndose,

flor abandonada.

Mis huesos albergan una quietud, los campos  
lejanos me funden el corazón.

Amenazan  
con dejarme pasar hasta un cielo  
sin estrellas ni padre, un agua oscura.

*2 de diciembre de 1962,*

*28 de enero de 1963*

## EL CANDIDATO

Ante todo, ¿es usted la clase de persona que buscamos?

¿Lleva un ojo

de cristal, dientes postizos o muleta,

codera, garfio,

pechos de goma o entrepierna de goma,

costuras que indiquen que algo falta? ¿No?, ¿no? Entonces,

¿cómo pretende que le demos nada?

Deje de llorar.

Abra la mano.

¿Vacía? Vacía. Aquí tiene una mano

dispuesta a llenarla y a traerle

tazas de té y alejar dolores de cabeza

y hacer todo lo que usted le diga.

¿Se casará con ella?

Viene con garantía

de cerrarle los ojos con el dedo al final

y disolverse de tristeza.

Hacemos nuevo caldo con la sal.

Veo que está completamente desnudo.

¿Qué le parece este traje?...



Negro y rígido, pero con buen encaje.

¿Se casará con él?

Es impermeable, inastillable, a prueba  
de fuegos y bombas sin tregua.

Créame, le enterrarán con él.

Ahora bien, su cabeza, si me lo permite, está hueca.

Yo tengo lo que necesita.

Sal del armario, ricura.

Y bien, ¿qué le parece?

Desnuda como un folio para empezar,

pero dentro de veinticinco años será plata  
y dentro de cincuenta, oro.

Una muñeca viviente, la mire por donde la mire.

Sabe coser, sabe cocinar,  
sabe hablar y hablar y hablar.

Funciona, no tiene ningún defecto.

Si tiene un agujero, es un emplasto.

Si tiene un ojo, es una imagen.

Amigo mío, es su último recurso.

¿Se casará, casará, casará con ella?

*11 de octubre de 1962*







## SEÑORA LÁZARO

Lo he vuelto a hacer.

Cada diez años

lo consigo:

especie de milagro andante, mi piel

relumbra como la pantalla de una lámpara nazi,

mi pie derecho

es un pisapapeles, mi rostro,

buena tela de lino

judía, sin adornos.

Arráncame el pañuelo,

oh mi enemigo.

¿Inspiro terror?...

¿La nariz, la cuenca de los ojos, la dentadura completa?

Este aliento agrio

se esfumará en un día.

Pronto, pronto la carne

que el sombrío sepulcro se comió

estará en mí como en su casa

y seré una mujer sonriente.

Solo tengo treinta años.

Y, como el gato, siete ocasiones para morir.



Esta es la Número Tres.

Qué desperdicio  
aniquilar cada década.

Qué millón de filamentos.

La multitud con sus bolsas de cacahuetes  
se arremolina para ver

cómo me desanudan pies y manos:  
el gran estriptis.

Damas y caballeros:

estas son mis manos,  
mis rodillas.

Puedo ser toda piel y huesos,

pero sigo siendo la misma, idéntica mujer.  
La primera vez que ocurrió tenía diez años.  
Fue un accidente.

La segunda vez estaba decidida  
a llegar hasta el fin y no volver jamás.  
Me arrullé hasta cerrarme por dentro

como una concha de mar.

Tuvieron que llamarme y llamarme  
y quitarme los gusanos uno a uno como perlas pegajosas.

Morir  
es un arte, como todo.  
Y yo lo hago excepcionalmente bien.



Tan bien, que parece un infierno.  
Tan bien, que parece real.  
Supongo que cabría hablar de vocación.

Es bastante fácil hacerlo en una celda.  
Es bastante fácil hacerlo y estar quieto.  
Es el regreso teatral

a plena luz del día  
al mismo sitio, el mismo rostro, el mismo grito zafio  
y divertido:

«¡Un milagro!»,  
lo que me deja fuera de combate.  
Hay que pagar

por ver mis cicatrices, hay que pagar  
para escucharme el corazón:  
de veras que funciona.

Y hay que pagar, hay que pagar muchísimo,  
por un roce, una palabra  
o una pizca de sangre

o un mechón de mi pelo, un jirón de mis ropas.  
Y bien, *herr* Doctor,  
y bien, *herr* Enemigo.

Soy su obra,  
su objeto más valioso,  
el bebé de oro puro  
que se funde en un grito.

Doy vueltas y me abraso.

No crea que subestimo su gran preocupación.

Ceniza, ceniza...,

que usted remueve y tantea.

Carne, hueso, ahí no queda nada...

Una pastilla de jabón,

un anillo de bodas,

un empaste de oro.

*Herr* Dios, *herr* Lucifer

cuidado

cuidado.

De la ceniza

con el cabello rojo me levanto

y devoro a los hombres como aire.

*23-29 de octubre de 1962*

## TULIPANES

Los tulipanes son muy impulsivos; aquí es invierno.  
Mira qué blanco se ve todo, qué tranquilo, cuánta nieve.  
Aprendo a estar en paz y a quedarme en silencio a solas  
como la luz reposa en las paredes blancas, esta cama, estas  
manos.

No soy nadie; no tengo nada que ver con ningún estallido.  
He cedido mi nombre y mi ropa de diario a las enfermeras,  
mi historial al anestesta y mi cuerpo a los cirujanos.

Me han instalado la cabeza entre el embozo y la almohada  
como un ojo entre párpados muy blancos que no quieren  
cerrarse.

Estúpida pupila, de todo tiene que enterarse.

Las enfermeras van y vienen sin molestar  
y son como gaviotas que vuelan tierra adentro con su  
tocado blanco,  
haciendo cosas con las manos, todas idénticas,  
por lo que es imposible deducir cuántas son.

Mi cuerpo es un guijarro para ellas, lo cuidan como el agua  
cuida de los guijarros sobre los que discurre, puliéndolos

sin prisa.

Sus agujas brillantes me traen el sopor, me traen el letargo.  
Estoy desorientada y no soporto este equipaje:  
mi neceser de charol como un pastillero negro,  
mi marido y mi hija, que sonríen desde la foto de familia;  
sus sonrisas, minúsculos anzuelos, se me enganchan al  
cuerpo.

He dejado correr las cosas, un carguero de treinta años  
que se agarra tenaz a mi nombre y mi domicilio.  
A fuerza de frotarme, me limpiaron de lazos amorosos.  
En la camilla verde con la almohada de plástico, desnuda y  
asustada,  
vi mi juego de té, mis libros y mi cómoda con la ropa de  
cama  
hundirse más allá de mi vista, y el agua me cubrió la  
cabeza.  
Ahora soy una monja, nunca he sido tan pura.

Yo no quería flores; yo solo deseaba  
echarme con las palmas hacia arriba y quedarme vacía.  
Qué libre se ve una; no os podéis imaginar qué libre...  
La sensación de paz es tan intensa que deslumbra, y a  
cambio  
nada pide: una etiqueta con tu nombre, baratijas.  
Eso se embolsan los muertos, después de todo; me los  
figuro  
tomándola en la boca como una hostia consagrada.  
Para empezar, los tulipanes son muy rojos, me duelen.

Hasta envueltos en papel de regalo los oía respirar  
con suavidad entre pañales blancos, como un bebé molesto.  
El rojo de las flores conversa con mi herida y ella le  
corresponde.

Son sutiles: parece que flotaran, aunque me pesan,  
contrariándome con sus lenguas repentinas y su color:  
una docena de plumadas rojas que me cuelgan del cuello.

Antes nadie me observaba, ahora me siento observada.  
Los tulipanes se vuelven hacia mí, y también la ventana a  
mis espaldas  
donde una vez al día la luz se ensancha poco a poco y  
después enflaquece,  
y me veo a mí misma, plana, ridícula, una sombra de papel  
recortado  
entre el ojo del sol y los ojos de los tulipanes,  
y me quedo sin rostro: soy el eclipse de mí misma.  
Los tulipanes, vigorosos, se nutren de mi oxígeno.  
El aire era tranquilo antes de que llegaran:  
iba y venía, soplo a soplo, sin revuelo.  
Luego los tulipanes lo llenaron como un estrépito.  
Ahora el aire se estanca y los rodea como un río  
se empantana y bordea una máquina hundida y  
herrumbrosa.  
Ya tienen mi atención, que se alegraba  
de jugar y descansar sin compromiso.  
Y también las paredes parecen avivarse.  
Los tulipanes deberían estar entre rejas como fieras

salvajes;  
se abren como las fauces de un felino africano  
y me vuelvo consciente de mi corazón: abre y cierra  
su búcaro de flores rojas de puro amor por mí.  
El agua que me ofrecen es cálida y salada, como el mar,  
y viene de un país lejano como la salud.

*18 de marzo de 1961*